

Ensayo

Ideologismo:
De la izquierda a la derecha
confrontando la realidad

Gonzalo Toro

INTRODUCCION

Nada en la historia humana ha causado tantas confrontaciones, y consecuentemente tanta pérdida de vidas, como la escisión ideológica entre derecha e izquierda. Ambas posturas, nacidas como coordinadas prácticas dentro de un hemicycle revolucionario, terminaron erigiéndose en verdaderos campos de batalla doctrinarios.

De ser interpretaciones parciales de la realidad, pasaron a proclamarse como fundamento absoluto de la misma. En ese tránsito, lo que en un inicio fueron marcos de análisis para comprender y orientar devino en estructuras cerradas de existencia. Así, para millones de personas, vivir ha significado más defender una etiqueta que atender a la realidad concreta.

El resultado ha sido la elevación del concepto sobre lo real: un vaciamiento de referencias a lo objetivamente existente. Y cuando la abstracción se convierte en fin último, lo humano se subordina al dogma. En nombre de la igualdad o de la libertad, se ha perseguido, encarcelado y asesinado. En nombre de bandos irreconciliables, la política se ha vuelto una guerra perpetua contra la realidad.

En el presente ensayo desarrollaremos dicho fenómeno bajo el nombre de ideologismo, colocando el foco en el mecanismo ideológico en sí mismo, sin atender al contenido de las doctrinas que le sirven de vehículo. Porque lo dañino no es tanto la bandera que se agite, sino el acto mismo de absolutizarla, de divorciarla de la prudencia y de la experiencia tangible.

De la creación de teorías que justificaban social, política y filosóficamente la revolución —tras las cuales se colocaron bayonetas y guillotinas— pasamos a momentos de tensa calma como la actualidad, en que asistimos al triste espectáculo de ver bandos enfrentados en una lógica de pertenencia que evoca más a barras bravas de fútbol que a intelectuales discutiendo argumentos.

Finalmente, observamos que el tan enaltecido “hombre de principios” ha resultado ser en los hechos un concepto nefasto, porque ese hombre antepone el dogma a la realidad incluso cuando esta última le golpea en las narices. El principio se transforma en artículo de fe, más propio de las religiones que de la razón crítica. Para no dejar lugar a dudas: el hombre consecuente con sus ideas sigue siendo un bien valioso y perseguible, siempre que conserve la capacidad de adaptarlas a la realidad y de reconocer el error cuando este aparezca.

Aquello que debería ser instrumento útil para adaptarse a una realidad medible y observable se convierte, sin embargo, en fundamento último de la existencia.

Lo anterior no es más que un recordatorio de que, ya con más de siete mil años de civilización registrada —y con la capacidad inédita de procesar esa memoria gracias a las nuevas tecnologías de razón aumentada por las inteligencias artificiales—, seguimos sin avanzar en lo más simple y, a la vez, más trascendental: emplear el pensamiento como herramienta para resolver problemas reales, y no como cimiento absoluto de la existencia humana.

Intentaremos además, en este ensayo, comprender el desarrollo histórico de las doctrinas de izquierda y derecha y, a su vez, analizar y objetivar los criterios y principios que describen en la actualidad ambos extremos: sus fundamentos, sus discursos y su aplicación en la realidad.

EL ORIGEN DE LOS TÉRMINOS Y SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA

Los conceptos de izquierda y derecha no nacieron de una teoría política, ni de un tratado filosófico, sino de algo tan simple como la distribución espacial dentro de un hemicíclo. Corría 1789, la Revolución Francesa comenzaba a sacudir los cimientos del Antiguo Régimen, y en la Asamblea Nacional los diputados debían discutir el futuro de la monarquía. A la izquierda se sentaron quienes reclamaban cambios profundos: limitar el poder real, abolir privilegios hereditarios, proclamar la soberanía popular. A la derecha se agruparon los defensores de la monarquía, de la centralidad de la religión y de la continuidad de un orden que consideraban garantía de estabilidad.

Detrás de esa división espacial se escondían parámetros más profundos. De un lado, la república frente a la monarquía; la igualdad jurídica frente a los privilegios hereditarios de nobleza y clero; la ruptura frente a la tradición. En esas bancas no solo se enfrentaban proyectos políticos, sino también supuestos filosóficos sobre la naturaleza humana y el orden social.

Ahí estaban, como sombras tutelares, **Hobbes y Rousseau**, chocando en una batalla a muerte. Rousseau aportaba la convicción de que el ser humano era bueno por naturaleza y que la sociedad lo corrompía; bastaba con destruir el viejo orden para liberar la bondad innata. Hobbes, en cambio, había advertido que sin un poder firme el hombre se convierte en lobo para el hombre, y que solo la autoridad podía evitar el caos.

La historia mostró cuál fue el desenlace de aquel enfrentamiento. Pese al triunfo inicial de la visión “buenista” inspirada en Rousseau, lo que siguió fue una **República del Terror**, donde rodaron miles de cabezas en nombre de la virtud. El caos terminó zanjado no por la igualdad soñada, sino por el ascenso de **Napoleón**, un Leviatán más duro y centralizador que el antiguo rey.

Lo que en un inicio fue un simple acomodo espacial terminó convertido en categorías universales. La izquierda quedó asociada a la esperanza de la igualdad y de la ruptura con lo antiguo; la derecha, a la defensa de la jerarquía y de la continuidad. Con el tiempo, esos polos se reforzaron hasta convertirse en identidades políticas permanentes, mucho más allá de aquel hemicycle en París.

Tras la Revolución Francesa, el siglo XIX estuvo marcado por un fenómeno inédito: la industrialización. La introducción de la máquina a gran escala transformó la organización del trabajo, concentró a miles de personas en fábricas y ciudades, y modificó las formas de producción y subsistencia. De este nuevo escenario surgieron corrientes de pensamiento que más tarde serían agrupadas bajo el nombre de **socialismos**.

Los primeros ensayos —de Saint-Simon, Fourier, Owen, entre otros— respondían a la percepción de que la vida industrial generaba condiciones nuevas y desafiantes: concentración de riqueza en pocos actores, jornadas prolongadas, desplazamiento de comunidades rurales a entornos urbanos. Su propuesta fue crear modelos alternativos de convivencia: falansterios, colonias cooperativas, asociaciones productivas. Estos proyectos, por lo general utópicos, buscaban mostrar que era posible organizar la vida social y económica de otra manera.

La gran transformación llegó con **Karl Marx**, quien, junto con Friedrich Engels, dotó a este impulso de un armazón teórico. Marx introdujo una clave de interpretación que convertiría al socialismo en una doctrina con pretensión de cientificidad: la historia como sucesión de **luchas de clases**. En este marco, el capitalismo no era un accidente pasajero, sino una etapa necesaria, destinada a ser superada por la revolución proletaria.

Con este paso, el socialismo dejó de ser una colección de proyectos experimentales y se convirtió en una corriente ideológica estructurada, que marcaría la política mundial durante los siglos XIX y XX.

En los hechos, el capitalismo nunca fue superado, y las naciones que siguieron el modelo político marxista nunca pasaron de la etapa de la llamada dictadura del proletariado. Pero

esa dictadura se ejerció sin proletariado: terminó siendo, una vez más, cuestión de poder por el poder.

En este tránsito —de la Revolución Francesa a los socialismos del siglo XIX y al marxismo como doctrina totalizante— quedaron trazados los parámetros de lo que hoy se entiende por izquierda. El énfasis en la igualdad, la sospecha frente a la concentración de riqueza y poder —paradojalmente acompañada, en los hechos, por la concentración total del poder político y la administración absoluta de la riqueza—, y la aspiración a rehacer la sociedad desde sus cimientos se convirtieron en coordenadas permanentes.

Del otro lado, la defensa del orden, de la jerarquía y de la continuidad histórica fue heredada por las tradiciones conservadoras europeas. Así, entre la hipocresía de la izquierda y el cinismo de la derecha europea, Rousseau y Hobbes volvían a enfrentarse en un campo de batalla ampliado: ya no solo filosófico, sino político y social, proyectando sus supuestos sobre naciones enteras.

Mientras en Europa la disputa se organizaba en torno a la nobleza y el pueblo, a la jerarquía y la igualdad, en América del Norte se gestaba un fenómeno distinto, anterior incluso a la Revolución Francesa. La independencia de Estados Unidos (1776) y la Constitución de 1787 dieron forma a un principio que marcaría la política y la economía de la modernidad: el **liberalismo**.

Su eje no era la confrontación entre órdenes sociales heredados, sino la convicción de que la **libertad individual** debía resguardarse frente a cualquier concentración de poder. Inspirados por Locke y Montesquieu, los padres fundadores diseñaron un sistema político basado en la separación de poderes, el reconocimiento de derechos y la limitación del Estado.

En los hechos observamos que en Estados Unidos, la política ha oscilado en un espectro de variaciones ideológicas que nunca han perdido de vista una constante histórica: el **liberalismo**. Desde su independencia, el país se ha movido entre la lógica liberal clásica de los republicanos —centrada en la libertad económica y la limitación del Estado— y

un liberalismo asistencial de los demócratas, más inclinado a expandir la protección social sin romper el marco liberal.

En el siglo XX, la disputa entre izquierda y derecha alcanzó nuevas formas extremas. A un lado, el comunismo soviético llevó el marxismo al poder político, transformando la lucha de clases en doctrina de Estado. Al otro, surgieron movimientos que, aunque diferentes en su retórica, compartieron una lógica similar: el **fascismo en Italia** y el **nacionalsocialismo en Alemania**.

Estos regímenes no se presentaban como herederos de la nobleza ni como defensores del pueblo en sentido rousseauniano, sino como proyectos nacionales totalizantes. Su principio rector no era la igualdad ni la libertad, sino la subordinación de todo lo individual a una abstracción absoluta: la nación, el partido, la raza. La política dejó de ser un espacio de deliberación y se convirtió en un instrumento de movilización total.

Visto desde la realidad, el comunismo, el fascismo y el nazismo compartían un mismo rasgo: el **totalitarismo de Estado**. Que se enfrentaran en el campo de batalla no significaba que fueran opuestos en su lógica interna. Los tres colocaron al individuo al servicio de una causa superior, eliminaron la pluralidad política y justificaron la represión en nombre de un principio absoluto.

De este modo se asentaron las bases de los parámetros actuales que definen la izquierda y la derecha, todos con un fundamento común: la búsqueda de lo mejor para el individuo. Pero surge la pregunta esencial: ¿esa plenitud se alcanza a través del colectivo o de la individualidad? ¿El desarrollo de la sociedad es más importante que la persona que la compone? ¿Y hasta qué punto el individualismo puede imponerse al colectivo sin destruirlo?

LAS COORDENADAS CONTEMPORÁNEAS DE IZQUIERDA A DERECHA

En la política contemporánea, los términos izquierda y derecha ya no remiten a monarquía y república, ni a nobleza y pueblo, sino a parámetros más inmediatos. Para objetivar la discusión propongo cuatro criterios, con la intención de ordenar el mapa político actual y ofrecer un análisis más acabado de las posturas vigentes. Cada uno de estos criterios no se manifiesta únicamente en los extremos, sino también en múltiples intensidades intermedias, lo que refleja mejor la complejidad de la realidad. A saber: **Estado y privados, igualdad y libertad, tradición y ruptura, universalismo y particularismo.**

El primer criterio para comprender la coordenada contemporánea entre izquierda y derecha es la relación entre el **Estado y los privados**. Este eje cruza transversalmente todos los aspectos de la vida en sociedad: la economía, la educación, la salud, la seguridad pública, la justicia, la infraestructura e incluso la vida cultural. En un extremo se ubica la visión estatista, que confía al Estado la misión de organizar la vida del individuo a través del manejo del colectivo en casi todos sus aspectos, administrando recursos, planificando servicios y regulando las conductas sociales. En el extremo opuesto se encuentra la postura privatista, que reduce el papel estatal a funciones mínimas, dejando casi todo en manos de la interacción entre privados y sin involucrarse frente a los abusos o desequilibrios que puedan producirse.

Ambos polos, llevados al límite, terminan por desbordar la realidad. La extrema izquierda, con su estatismo absoluto, transforma al Estado en protagonista único —paradójicamente hobbseano al extremo—, sofocando la iniciativa y anulando la diversidad de proyectos. En términos futbolísticos, sería como si el árbitro pidiera el pase, marcara un gol y anulara los tantos contrarios. La extrema derecha, en cambio, con su privatismo radical, ignora que sin un marco regulador coherente se generan desequilibrios y malas

prácticas que distorsionan el mismo mercado que dice proteger: sería como jugar sin árbitro, donde el más fuerte golpea a sus rivales hasta marcar el gol.

El segundo criterio que permite trazar la coordenada contemporánea entre izquierda y derecha es la relación entre **igualdad y libertad**. Ambos valores se presentan como esenciales, pero en la práctica suelen entrar en tensión.

La igualdad puede entenderse como punto de partida —que todos comiencen desde la misma línea— o como punto de llegada —que todos alcancen el mismo resultado—. En el primer caso, las diferencias de talento, esfuerzo o circunstancia producen inevitablemente trayectorias distintas: algunos avanzan más rápido, otros más lento, algunos incluso retroceden. En el segundo caso, garantizar que todos lleguen juntos solo es posible igualando al conjunto con el ritmo del más lento.

La libertad, por su parte, enfatiza la posibilidad de que cada individuo despliegue su propio proyecto. Su riesgo no radica en que el talentoso alcance grandes logros, sino en que quienes ocupan posiciones de privilegio utilicen esa ventaja para bloquear la competencia: prácticas abusivas, intimidación, monopolios de facto o condiciones que impiden a otros participar en igualdad de condiciones.

Los hechos históricos muestran que tanto la igualdad absoluta (extrema izquierda) como la libertad absoluta (extrema derecha) son imposibles de sostener en pureza. Se convierten en utopías inalcanzables y, al mismo tiempo, altamente disfuncionales en la realidad: terminan atentando contra los mismos principios que pretenden consagrar.

El tercer criterio que permite trazar la coordenada contemporánea entre izquierda y derecha es la relación entre **tradición y ruptura**. Este eje no se limita a lo político, sino que atraviesa también lo cultural, lo jurídico y lo moral. En un extremo, la tradición se presenta como garantía de continuidad: un conjunto de costumbres, instituciones y valores transmitidos que otorgan estabilidad y sentido de pertenencia. En el otro, la ruptura aparece como condición de cambio: la idea de que el progreso exige cuestionar lo heredado y sustituirlo por nuevos marcos normativos y sociales.

Un ejemplo claro se observa en torno a la familia. La extrema derecha suele defender valores tradicionales, como la familia heterosexual y monógama, a tal punto que en ocasiones esa defensa se torna más hipócrita que las prácticas que critica. La extrema izquierda, en cambio, ha promovido la apertura hacia modelos alternativos de convivencia, y en algunos casos incluso la disolución del concepto tradicional de familia.

La realidad muestra que, a lo largo de la historia, las sociedades han oscilado entre preservar y transformar. Instituciones que parecían inmutables se han reformado con el tiempo, y rupturas que se proclamaron absolutas terminaron incorporando elementos de lo anterior. Una vez establecida, la ruptura misma se convierte en la nueva continuidad, lo que vuelve cada vez más difuso y complejo distinguir entre tradición y cambio. Lo concreto es que, según el ámbito del que se trate, no existe una postura “correcta” en términos absolutos: hay extremos que resultan razonables, como la aceptación plena de minorías que durante siglos fueron vistas como aberraciones. Los conservadores son libres de pensar o expresar su desacuerdo, pero no de discriminar ni mucho menos de perjudicar a un grupo por no encajar con sus estereotipos.

El cuarto criterio que permite trazar la coordenada contemporánea entre izquierda y derecha es la relación entre **universalismo y particularismo**. Desde el siglo XIX, buena parte de la izquierda se ha definido por un impulso universalista: la idea de que la emancipación de los trabajadores no tiene patria y que las luchas sociales son comunes a toda la humanidad. El marxismo convirtió este principio en bandera, al sostener que las estructuras de clase operaban de manera idéntica en todos los países y que, por tanto, la revolución debía ser un fenómeno mundial.

En el otro extremo, las corrientes de derecha han tendido a subrayar lo particular: la nación, la tradición propia, los intereses específicos de cada comunidad. El nacionalismo, el conservadurismo y buena parte de las derechas contemporáneas se han construido sobre la base de que no existen recetas universales, sino trayectorias históricas singulares que deben resguardarse frente a presiones externas.

La realidad, sin embargo, ha mostrado un cruce entre ambos polos. Movimientos que se proclamaron universales terminaron adaptándose a circunstancias nacionales —como

ocurrió con el comunismo en Rusia o en China—, mientras que nacionalismos que se definían como particulares adoptaron, a su modo, discursos de validez general. Así, universalismo y particularismo funcionan como coordenadas que orientan, pero que en los hechos se entrelazan de manera compleja.

Existe, no obstante, una excepción que ha logrado establecerse como un mínimo común denominador en las sociedades modernas: los derechos humanos. Su defensa aparece hoy como transversal, aceptada en principio por casi todos los Estados y organismos internacionales, aunque en la práctica algunos regímenes los vulneren o directamente no los suscriban. Este consenso no elimina la tensión entre universalismo y particularismo, pero fija un umbral que, al menos en el papel, ninguna comunidad puede declarar ajeno.

CONCLUSIÓN

Los cuatro criterios expuestos —Estado y privados, igualdad y libertad, tradición y ruptura, universalismo y particularismo— permiten trazar con mayor claridad las coordenadas que hoy ordenan el debate político entre izquierda y derecha. Cada uno de estos ejes no se presenta en estado puro, sino como tensiones que atraviesan la vida social, económica y cultural.

La observación histórica y contemporánea muestra que los extremos rara vez se encarnan tal como se proclaman. El estatismo absoluto encuentra su expresión más cercana en regímenes como Corea del Norte, mientras que el privatismo radical se experimentó en países como Chile durante las reformas de los años ochenta, y hoy tiene un espejo más estable en Suiza, segundo en el ranking mundial de libertad económica. En el eje de igualdad y libertad, Cuba intentó imponer la igualdad de llegada con resultados de empobrecimiento general, mientras que Silicon Valley refleja la otra cara: libertad irrestricta que produce avances extraordinarios, pero también concentra privilegios que en ocasiones se transforman en prácticas de bloqueo frente a nuevos competidores.

En el plano de tradición y ruptura, países como Polonia y Hungría apuestan a la continuidad religiosa y cultural, mientras que España encarna rupturas en torno a la familia y el género que ya forman parte de la nueva normalidad. Finalmente, el eje universalismo–particularismo aparece en la tensión entre la Unión Europea y sus Estados miembros, en la resistencia china a marcos globales, y en los movimientos indígenas latinoamericanos que reivindican la singularidad de sus comunidades frente al Estado nación.

Pero más allá de los ejemplos, lo que persiste como amenaza es el **ideologismo**: la tentación de convertir estos parámetros en dogmas, de elevarlos a fines en sí mismos, divorciados de la realidad concreta. La historia ha mostrado que cuando se absolutiza una abstracción —sea la igualdad, la libertad, la tradición o el universalismo— se termina

justificando la persecución, la violencia y el sometimiento de lo humano a la idea. Ese es el verdadero peligro: que el mapa se transforme en cárcel, y los criterios en cadenas.

Este panorama no ofrece respuestas definitivas, sino un mapa de tensiones que se entrecruzan y redefinen con el tiempo. Lo que hoy se llama izquierda o derecha no es más que la manifestación actual de esas coordenadas, que permanecen en constante movimiento. Entenderlas no resuelve el dilema político, pero permite ver con mayor nitidez el terreno en que se libra la disputa: un espacio donde las abstracciones se enfrentan a la realidad, y donde el desafío consiste en no confundir los parámetros con fines absolutos de la existencia.

Este ensayo terminó de escribirse el 25 de Septiembre de 2025